



Nunca jamás

Carola Martínez Arroyo



www.normainfantilyjuvenil.com

A Maca, Tomi, Anto y Javi, por la fuerza.

*Todos nosotros hemos estado allí,
y aunque no desembarquemos en ellas
nunca más, todavía podemos oír el murmullo
de las olas al romper sobre la arena.*

J. M. Barrie,
Peter Pan en los jardines de Kensington.

Primera parte

Otoño

Capítulo 1

Nunca me pasó nada malo.

Nunca me rompí un hueso ni me operaron el apéndice, no me lastimé, no repetí un grado, no se separaron mis papás, no pasé hambre, no me tuve que mudar y dejar a mis amigos, no me rompieron la nariz en una pelea.

Durante trece años no me pasó nada y de repente mi mamá se murió.

Se murió.

Estoy sentada esperando.

Hace un rato mi papá me llamó, entré a la habitación y mi mamá estaba acostada en la cama con la ventana enorme atrás; con una seña me pidió que me acercara. Tenía unos tubos en la nariz. Le dijo a la enfermera que

se los sacara y me habló despacito. Me dio un beso y me hicieron salir para que ella pudiera descansar.

En el hall me senté en este sillón y al rato salió mi papá. Me dio la mano y movió la cabeza con un gesto lento y me dijo esas palabras que suenan todo el tiempo en mi cabeza: “Tu mamá se murió”. En ese momento todo se nubló, el tiempo comenzó a pasar raro. Le pedí a mi papá que me dejara verla, quería verla muerta. Quería ver que no respiraba más.

No me dejó.

Mis abuelos se fueron a organizar algo que no entendí y yo me quedé sentada acá mismo donde estoy ahora. Me concentré en la sala de espera para pensar en algo, había una mesa con una flor amarilla flotando en agua, un cuadro con una enfermera pidiendo silencio, un reloj de pared y dos máquinas, una de café y otra de esas de agua fría y caliente. Y yo ahí como otro mueble, esperando a ver si mi papá me dejaba verla. Un mueble con remera amarilla y jeans que no sabe bien qué se hace cuando le dan una noticia así.

Llegó el tío Juan, me dio un abrazo y entró a la habitación. Salió apurado.

Me serví agua como cien veces, me dieron ganas de hacer pis, pero me aguanté. El baño estaba ahí mismo, pero ¿qué podía pasar si iba al baño? ¿Y si salían y pensaban que yo me había ido? Tenía la esperanza de que si me quedaba muy quieta iban a decirme: “Es

una broma, tu mamá ya viene y se van a casa”. Me puse los auriculares y empezó a sonar la música, mi cabeza comenzó a cantar y mi pie a moverse, no sé por qué me dio vergüenza y la apagué rápido.

De la habitación entraron y salieron muchos médicos. Pasó un rato, no se cuánto, y salió mi papá con cara de loco:

—Perdón, hija, tu mamá se murió.

Le hice que sí con la cabeza.

Me miró como si no me viera y volvió a entrar y yo seguí ahí esperando. Mirando por la ventana, tomando agua, mirando el celular. Esperando nada. No pude más y me fui al baño. Hice un montón de pis. En el baño me puse a pensar: “¿Por qué me pide perdón mi papá?”.

Volví a sentarme justo para ver a un señor con una bata de color azul que golpeaba la puerta del cuarto. Le abrieron y entró.

De repente en cámara lenta me cayó la ficha. Mi cabeza empezó a decir: Se murió. Se murió.

SE MURIÓ.

Mi papá y el tío Juan salieron de la habitación.

—Papá, ¿con quién se quedó mi mamá?

—Con nadie, hija, me pidieron que saliera para prepararla mientras vamos a hacer unos trámites a una oficina aquí abajo.

—¿Cómo “prepararla”, qué le van a hacer? No quiero que la toquen.

—Calmate, Fiore, mejor te vas casa. Juan, ¿podés llevarla?

—No, no, que se quede con vos. Me voy en taxi, dejame sola un rato, me lo tomo acá mismo y me bajo en la puerta de casa.

—No, te vas con tu tío.

—No, pa, que se quede con vos, que me acompañe abajo y ya está.

—No hay discusión: te vas con tu tío.

Bajé, mi tío me abrió la puerta del auto, dio la vuelta y empezó a manejar en silencio.

En el viaje empecé a contarme todo como un cuento para no olvidarme de nada. Mi mamá se enfermó un lunes. Se fue al hospital y nunca más volvió a casa.

Bueno, así es un cuento muy corto.

Otra vez.

Mamá se enfermó un lunes temprano. Antes de que nos despertáramos, llegó la abuela Nilda y se quedó con nosotras. A la tarde le pedí a mi papá que me llevara y él me dijo que no podíamos visitarla porque estaba en terapia intensiva. Recién pude ir al otro día por la mañana. Ella estaba triste y tranquila, conectada a miles de cables y máquinas.

Me senté al lado de ella y despacito se enderezó y me dijo:

—Cuidala a Maggie, yo sé que es chiquita y que a veces es insoportable, pero se tienen las dos.

—¡Mamá, deja de decir esas cosas! Llevás tres días enferma. Vas a estar bien. Decile al abuelo, que seguro que tiene un amigo médico.

—Fiore, me van a dormir y ver si pueden parar esto, pero no saben si voy a volver a despertar. Hijita, nunca, nunca jamás, pase lo que pase, voy a dejar de amarte.

Me acercó a su cuerpo que estaba calentito. Nos quedamos así en la cama un momento.

—Decile a Maggie... y a papá que entren.

Maggie se sentó en la cama y se le tiró encima, le dio muchos besos. Mamá le habló pero parece que ella no creyó que fuera verdad porque no lloró ni nada y después se fue a casa con la abuela.

Yo me quedé afuera.

Pasó el rato y una enfermera me pidió que entrara y le diera un beso.

Ella estuvo dormida dos días y nosotros nos quedamos esperando afuera, yendo y viniendo. Hasta el jueves a la mañana que salió mi papá a decirme “tu mamá se murió”. Y esa es la historia de cómo mi mamá se murió.